



**Rodrigo Díaz-Pérez**

## Lluvia



El invierno llegó a Asunción sin anunciarse. Bruscamente, el viento sur cristalizó su presencia, ocupó la ciudad y se cribó por entre las rendijas de todas las puertas y ventanas, azotando los árboles y obligando a las personas a correr desordenadamente, buscando refugios en las casas, en los tranvías o en los negocios que todavía quedaban abiertos. Por las calles, las muchachas caminaban precipitadamente ya que habían salido esa mañana desabrigadas y el frío les helaba las piernas y los brazos. En realidad, todos quedaron sorprendidos por la inusitada aparición, a fines de marzo, de un frío desconsiderado y realmente a destiempo. Bramaba el viento y el cielo se puso plomizo y agresivo. Una lluvia bastante densa comenzó a azular las calles. En poco tiempo el tránsito se hizo recargado. Por las ventanillas de los tranvías se veían caras serias, de pasajeros ensimismados en sus periódicos, que parecían más bien vivir en otra dimensión ajena al ajetreo de lluvias, fríos y vientos repentinos.

Juan Carlos, con sus escasos veintitrés años, estaba impaciente y muy molesto en el living de su casa. Se miró al espejo. Su frente amplia, los tonos firmes de su piel morena y sus ojos marrones, inquirieron al mercurio reflexivamente. ¿Vendrá? Se rió al ver su incertidumbre reflejada. Dio varias vueltas y miró la hora. Su reloj pulsera lo angustiaba con su curso implacable y su desplazamiento de manecillas que más bien parecía una carrera. «Con esta lluvia estúpida y —78→ este frío infame no va a venir...» Salió un rato afuera y desde el portal de su casa miró la calle con atención y ansiedad, como queriendo tragarse el horizonte con sus ojos febriles y anhelantes. «¡Esta mañana, tan lindo tiempo, ahora todo, todito perdido por esta lluvia...!» Entró y se sentó en un sofá. Vio sobre la mesa un libro de patología médica y comenzó a hojearlo. Las enfermedades descritas con menudos detalles y letras pequeñas al pie de página no le convencían en ese momento. Cerró el libro y con fuerza lo tiró sobre la mesa. Se acercó al tocadiscos y comenzó a buscar algo que le entretuviera mejor que su libro médico. En

realidad, su pulso, que lo sentía golpetear en sus sienes, y su tremenda frustración, le dificultaban decidir cualquier acción. Echaba la culpa al maldito viento sur que se llegó con su cortejo de lluvias y granizos. Lo que inicialmente pensó que sería un chaparrón, era ahora una bien formada inundación tropical. Cerró las ventanas. Desde el alféizar de la última que aún continuaba abierta, miró afuera. Vio la noche que se hizo en pocos minutos, cerrada y hosca. Las calles todavía estaban a oscuras. Encendían la luz a las seis y eran recién las cuatro y media. Los relámpagos amenazantes y los truenos que se reproducían en cadena, daban la impresión de que la lluvia no terminaría jamás. Y ella le dijo una vez, lo recordaba con nitidez: «si llueve, nunca esperes que me meta en los raudales ni por todo el oro del mundo...». Su voz, la expresión ausente, le sonaba tan tierna y musical. Y cada vez la sentía más y más cerca... «Pero si llueve podemos quedarnos más tiempo.» Y suspiraba con una —79→ evidente tristeza. No podía concebir una intromisión atmosférica tan calamitosa. Comenzó a meditar. ¿Podría vencerla? Definitivamente no. La calle Perú había sitiado, aislado totalmente al centro de sus barrios circunvecinos y era muy riesgoso intentar avasallarla. Su auto no pasaría los aluviones líquidos y enloquecidos que bajaban de la parte alta de la ciudad a velocidades tremendas y con fuerza titánico devastadora. No quería acabar en el río como otros alocados automovilistas que no pudieron contar su historia... Pero la inacción dentro de su casa, lo enervaba. Se llegó hasta su colección de discos. Uno de los Beatles, daba el tono que él necesitaba para apagar sus tribulaciones. La música estridente, mezcla de baladas angloirlandesas y de música negra, con su ritmo dominante, fue su elección casi instintiva. Odiaba la lluvia y tenía que vencerla con *rock'n roll*. Puso el tocadiscos lo más alto que daba, con el volumen totalmente a la derecha. Fue al comedor. De la heladera sacó varios cubos de hielo y se fabricó un Martini de 5 x 1. Al poco tiempo, se puso de mejor humor y empezó a marcar el ritmo, primero con las manos y después con los pies. Los hombros siguieron con un movimiento de vaivén y todo él se puso convulso y trepidante. Ya no escuchaba a nadie ni nada. Era un *long playing* y había para rato, pues otro disco -éste de *hard rock*- caería automáticamente al final del primero. Cogió la botella de *gin* y puso en el vaso otra alta dosis con unas gotas nada más de *vermouth* claro. Ya las proporciones y las medidas habían desaparecido y todo se hacía a muñeca. Del bolsillo de atrás —80→ de su pantalón sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Comenzó fumando primero con bocanadas pequeñas, después, aspirando hasta la raíz de sus pulmones. ¡Qué le importaba, Helena ni su pavor a las lluvias! ¡A la mierda todas las mujeres y sus fobias! ¡Mueran los libros! ¡Esta noche será de total olvido y de nuevas alegrías!

Si sus padres estuviesen en la ciudad, le hubieran recriminado acerba y ásperamente. «¡Al diablo con ellos! Seguro que estarán ahorita mismo gozando con los mugidos de las vacas, entre mosquitos y garrapatas!»

El estereofónico con sus micrófonos desafiaba la lluvia y todos los chirridos habidos y por haber.

Afuera, Helena seguía golpeando desesperadamente la puerta. Traía la ropa adherida al cuerpo. La blusa, casi transparente, dibujaba las manzanas de los pechos con los círculos marrones en cada centro. Comenzó a gritar con desesperación. La falda, hecha una toalla, le marcaba las nalgas como un traje de baño. Se pasaba las manos por la cara para secarse, ya que los goterones le tapaban la vista. Lo tenía que hacer con frecuencia, pues la lluvia no cedía en intensidad. Comenzó a tener miedo. Estaba sola y era una oscuridad de lobos. ¿Cómo volvería? Convencida ya de que Juan Carlos no estaba o no

la había esperado -que para el caso era lo mismo-, abandonó sus intentos y se adentró en la lluvia, en medio de su negra inclemencia. «Pelotudo, me dejó plantada y con las ganas. ¡Ya me las pagará!»

\* \* \*

A la mañana siguiente, Juan Carlos despertó con un tremendo dolor de cabeza. «Pendeja de mierda. ¡Alguna vez sabrás quién soy yo...!» Se dio un baño rápido, tomó dos aspirinas y un vaso de leche. Tenía clase a las nueve.

Afuera, el sol radiante arrojaba sus dorados espinos a las calles, a los muros, a los árboles. Las hojas, lavadas por la intensa lluvia del día anterior, se presentaban verdes y brillantes, casi inmóviles, en la quietud que sigue a los diluvios tropicales.

1979

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**